

1. La Personalidad Flexible: Hacia una Nueva Crítica Cultural –

Brian Holmes

Los acontecimientos de fin de siglo, desde Seattle hasta Nueva York, han demostrado que una crítica aplastante de la globalización no sólo es posible, sino urgentemente necesaria, antes de que el nivel de violencia en el mundo se incremente dramáticamente. Los primeros indicios de una crítica de este tipo existen en la renovación de los sistemas económicos “heterodoxos”¹. Pero ahora es posible mirar más lejos todavía – hacia una crítica de la cultura de la cultura capitalista contemporánea.

Para ser eficaz, una crítica cultural debe señalar las conexiones entre la principales articulaciones del poder y las más o menos triviales estéticas de la vida cotidiana. Debe revelar lo sistémico de las relaciones sociales y su carácter impositivo sobre todas las partes implicadas, incluso cuando apunta hacia los discursos, imágenes y posturas emocionales que esconden la desigualdad y la cruda violencia. Debe romper el equilibrio del consenso, al arrojar luz sobre qué es exactamente aquello que la sociedad consiente, y cómo tolera lo intolerable. Una crítica así es difícil de poner en marcha, ya que debe funcionar a dos niveles opuestos, acercándose lo suficiente a la complejidad de los procesos sociales como para convencer a los investigadores cuyos conocimientos especializados necesita, al mismo tiempo que encuentra expresiones lo suficientemente convincentes para impresionar las personas que pretende describir – aquellas de quienes depende la transformación del status quo.

Esta clase de crítica existía en nuestras sociedades hasta hace muy poco, le proporcionaba un enfoque intelectual a una intensa y generalizada insatisfacción en las décadas de los sesenta y los setenta, y contribuyó a un cambio total en el sistema. Hoy en día, esta capacidad crítica parece haberse esfumado. La dimensión estética ya no parece un puente problemático entre la psique y las estructuras sociales objetivas. Es como si hubiésemos perdido el apetito por lo negativo, la ambición por una crítica anti-sistema. En su lugar nos encontramos con infinitas variaciones sobre el tema de los “estudios culturales” anglosajones – que son una estrategia afirmativa, un dispositivo pensado para añadir valor, no para restarlo. La historia de los estudios culturales reclama hoy en día una renovación de la crítica ideológica.

Cuando surgieron a finales de los años cincuenta, los estudios culturales británicos intentaron invertir las jerarquías estéticas al transformar el lenguaje de la crítica literaria en formas y prácticas de la clase proletaria. Al elevar expresiones populares a través de un proceso de contaminación que también transformaba la élite cultural, esta disciplina se esforzaba en generar alternativas positivas a las nuevas clases de dominación proyectadas por los medios de comunicación de masas. Este enfoque diversificó en gran medida el abanico de temas y estilos académicos legítimos, contribuyendo de manera real al ideal de una educación popular². Aun así, su principal herramienta crítica era la noción de una recepción diferencial, o “lectura negociada” – un toque personal proporcionado al mensaje por el lector. Esta noción se usaba originariamente para revelar las interpretaciones proletarias de mensajes dominantes, según un modelo todavía basado en la conciencia de clase³. Pero en cuanto el énfasis en la recepción se separó de las dinámicas de clase a lo largo de los años ochenta, los estudios culturales se convirtieron en una prolongada celebración de la vuelta de tuerca particular que cada individuo o grupo podían darle al producto mediático global. De esta manera, los estudios culturales le dieron legitimidad a una nueva ideología del consumo transnacional⁴. Este es el discurso de la alienación, perfeccionado, apropiado, individualizado, hecho étnico, hecho propio. ¿Cómo pueden los estudios culturales volver a ser eficaces hoy en día? Voy a avanzar el argumento de la construcción de un nuevo “tipo ideal”, una construcción que señale las intersecciones entre el poder social, las predisposiciones morales íntimas y los impulsos eróticos⁵. Llamaré a este tipo ideal la personalidad flexible. El término “flexible” alude de manera directa al actual sistema económico, con sus contratos laborales precarios, su producción a plazos cortos, sus productos informativos, y su dependencia absoluta a la circulación de divisas virtuales en la esfera financiera. Pero también se refiere a todo un conjunto de imágenes altamente positivas: espontaneidad, creatividad, cooperación, movilidad, relaciones sociales, apreciación de la diferencia, apertura hacia la experiencia. Si sentís la contracultura de los 60-70 como algo cercano a vosotros, entonces podríais decir que éstas son nuestras creaciones, sólo que atrapadas en el espejo curvo de una nueva hegemonía. Hacer tolerable la demencia de la sociedad contemporánea nos ha costado a todos un esfuerzo histórico considerable.

Voy a volver la mirada hacia la historia reciente para demostrar cómo una forma de crítica cultural fue articulada en términos intelectuales primero y en términos sociales después, en la época posterior a la II Guerra Mundial. Pero también voy a señalar cómo las estructuras de dominación actuales son en parte un resultado del fracaso de esta crítica a la hora de evolucionar ante su propia absorción por el capitalismo contemporáneo.

- Cuestiona la Autoridad –

El ejemplo paradigmático de crítica cultural en el período de la Posguerra es el Institut für Sozialforschung – la organización académica autónoma conocida como la Escuela de Frankfurt. Su trabajo puede resumirse con

la abreviatura teórica de Marxismo Freudiano. ¿Pero qué quiere decir esto? Revisando los textos, uno se da cuenta de que ya en 1936 el Institut había articulado su análisis de la dominación alrededor de las estructuras psico-sociológicas de la autoridad. El objetivo de los Studien über Autorität und Familie era remediar “el fracaso del Marxismo tradicional a la hora de explicar la negativa del proletariado a cumplir su papel histórico”⁶. Esta “negativa” - nada menos que la aceptación por parte del proletariado del Nazismo – sólo podía ser comprendida a través de una exploración de cómo se desenvuelven los poderes sociales en la psique.

El ocaso del poder paternal sobre la familia, y el cada vez más importante papel de las instituciones sociales en la formación de la personalidad del niño fue enfocado en paralelo a la liquidación del capitalismo liberal y patrimonial, bajo el cual el propietario burgués del Siglo XIX había controlado el capital familiar heredado. El capitalismo del monopolio del Siglo XX implicaba una transferencia del poder de individuos particulares a corporaciones organizadas e impersonales. El estado psicológico de sumisión masoquista a la autoridad descrito por Eric Fromm era inseparable del orden mecanizado de los nuevos carteles industriales, su capacidad para integrar los individuos dentro de las complejas cadenas tecnológicas y administrativas de los sistemas de producción masiva. La noción clave de “razón instrumental” ya estaba germinando ahí. Como escribía Marcuse en 1941: “ Los hechos que dirigen el pensamiento y los actos del ser humano son ... los del proceso mecánico, que se presenta como la materialización de la racionalidad y la eficacia... La producción mecanizada en masa está relleno de huecos en los que la individualidad podía reafirmarse.”⁷

Los primeros trabajos del Institut combinaban el análisis psicológico de la disciplina autoritaria con la noción psicológica de la razón instrumental. Pero su poderosa crítica anti-sistema no podía cristalizar sin los estudios de la economía de planificación centralizada, ideada como una respuesta social y política a la crisis económica de los años 30. Los miembros del Institut Friedrich Pollock y Otto Kirchheimer fueron entre los primeros en caracterizar el “Capitalismo de Estado” de la década de los 30.⁸ Al superar la descripción Marxista tradicional del capitalismo de monopolio, que se había enfrentado a su contradicción dialéctica en la crisis de 1929, ellos describen un decidido alejamiento del sistema liberal en el que la producción y la distribución eran gobernadas por relaciones de mercado contratadas entre agentes particulares. El nuevo sistema era el de un capitalismo empresarial donde la producción y la distribución se calculaban por un Estado planificador centralizado. El alcance de este desplazamiento fue confirmado no sólo por los conglomerados industriales controlados por los nazis en Alemania, sino también por los planes quinquenales soviéticos, e incluso el New Deal norteamericano, anticipándose al ascenso del Estado del Bienestar Keynesiano. La autoridad se encontraba otra vez en el centro del análisis. “Bajo el capitalismo de Estado”, escribía Pollock, “los hombres se relacionan como comandante o mandado.”⁹ O, en palabras de Kirchheimer: “El Fascismo es característico de la fase en la que el individuo ha perdido su independencia completamente y los grupos gobernantes han sido reconocidos por el Estado como los únicos participantes legales del compromiso político.”¹⁰

La resolución de la crisis económica a través de la planificación central para una guerra total reveló concretamente lo que Pollock llamó la “importancia vital” de una investigación “sobre hasta qué punto es posible subyugar el Capitalismo de Estado al control democrático”. Esta investigación fue llevada a cabo de manera eficaz por el Institut durante su exilio en Estados Unidos, cuando buscaba traducir su análisis del Nazismo en los términos norteamericanos de la Guerra Fría. Lo que hoy en día recordamos mejor son su teoría y crítica de la Industria Cultural, y el ensayo del mismo título; pero mucho más importante en aquel momento fue un volumen de investigación sociológica llamado La Personalidad Autoritaria, publicado en 1950.¹¹ Escrito bajo la dirección de Horkheimer por un equipo de cuatro autores que incluía a Adorno, el libro fue un intento de aplicar los métodos estadísticos de la Sociología a la identificación empírica de una estructura fascista del carácter. Utilizaba métodos de cuestionario para demostrar la existencia de un “nuevo tipo antropológico”, cuyos rasgos eran el convencionalismo rígido, la sumisión a la autoridad, la oposición a toda subjetividad, la estereotipia, el énfasis en el poder y la dureza, la destructividad y el cinismo, la proyección fuera de sí de impulsos emocionales inconscientes, y una preocupación exagerada por los escándalos sexuales. En un eco del anterior estudio de la autoridad, estos rasgos fueron relacionados con la estructura de familia marcada no por el poder patriarcal sino por su debilidad, resultando en intentos de imponer una ascendencia sobre los hijos que en realidad ya se había transformado en instituciones sociales.

La Personalidad Autoritaria representa la culminación de una construcción interdisciplinaria y deliberadamente programada de un tipo ideal: una imagen polémica del ser social que a partir de entonces podía guiar y estructurar varias formas de crítica. La función clave de este tipo ideal, cuya importancia va mucho más allá de las metodologías estadísticas usadas en el estudio-cuestionario, es la capacidad de enfocar distintas tendencias críticas. Las estrategias retóricas y estéticas de Adorno, por ejemplo, sólo adquieren todo su potencial en oposición a la densamente enhebrada imagen de la personalidad autoritaria. Tomad en consideración del ensayo “Compromiso” de 1961:

“Los periódicos y las revistas de la extrema Derecha están continuamente removiendo su indignación ante todo lo que es innatural, demasiado intelectual, mórbido y decadente: conocen bien a sus lectores. Los estudios socio-psicológicos sobre la personalidad autoritaria así lo confirman. Las características básicas de este tipo incluyen el conformismo, el respeto por una fachada petrificada de la opinión y la sociedad, y la resistencia a aquellos impulsos que desestabilicen su orden o invoquen elementos internos del inconsciente que no puedan ser aceptados. Esta hostilidad a todo “otro” o alienante puede acomodarse con mucha mayor facilidad al realismo

literario de cualquier procedencia, incluso cuando éste se declara crítico o socialista, que a obras que no juren su adherencia a ningún eslogan político pero cuya apariencia sola es suficiente para desmoronar todo el sistema de rígidas coordenadas que rigen las personalidades autoritarias...”¹²

Adorno busca revelar cómo el compromiso político Brechtiano o Sartriano podría difuminarse gradualmente en una aceptación afirmativa del orden que marca el Estado autoritario. Las formas fracturadas y enigmáticas de Beckett o Schönberg podrían así verse como más significativas políticamente que cualquier llamamiento público a adoptar una causa. Enfrentada a la vez a las débiles armonías internas de un individualismo satisfecho y a las mucho más poderosas totalizaciones de un sistema explotativo, la forma estética tal y como la entiende Adorno se convierte en una fuerza de disenso a través de su negativa a resolver de manera falsa las verdaderas contradicciones. Tal y como escribe en una de sus frases retóricas: “No es oficio del arte el alumbrar alternativas, sino el resistir solamente con su forma el curso del mundo, que pone continuamente una pistola en las sienes de la gente.”¹³

La cuestión no es enfrascarse en una discusión académica sobre exactamente cómo concebía Adorno esta resistencia de formas contradictorias. Más interesante sería ver cómo una crítica coordinada puede ayudar a generar una resistencia social eficaz. La figura más visible en este caso es Herbert Marcuse, cuyo libro de 1964 *One-Dimensional Man* se convirtió en un best-seller internacional, sobre todo en Francia. En las manifestaciones de Mayo del 68 los estudiantes llevaban pancartas en las que se leía “Marx, Mao, Marcuse”. Pero esto sólo señala cómo Marcuse, con su posicionamiento directamente revolucionario podía convertirse en una especie de emblema para las críticas convergentes del estado autoritario y para los medios de masas. En Francia, Sartre había escrito sobre “el hombre serializado”, mientras que Castoriadis había desarrollado una crítica del productivismo burocrático. En Estados Unidos, ya en 1956, el economista y escritor William Whyte avisaba de los peligros del “hombre organizativo”, mientras que en 1961 el ex-presidente Dwight D. Eisenhower denunciaba los peligros tecnológicos del complejo industrial militar. La televisión se identificaba como la principal herramienta de propaganda del capitalismo, empezando por el libro de Vance Packard de 1957 *The Hidden Persuaders in America*, y siguiendo de manera más radical con el *Mythologies* de Barthes en Francia, y, por encima de todo, con *La Sociedad del Espectáculo* de Debord. Ivan Illich y Paul Goodman atacaron los sistemas escolares como centros de indoctrinación social, R.D. Laing y Felix Guattari abogaron por una anti-psiquiatría, y Henri Lefebvre lo hizo por un anti-urbanismo, que los Situacionistas en efecto hicieron a través de la práctica de la deriva. En su *Essay on Liberation*, escrito inmediatamente después de 1968, Marcuse fue al extremo de hablar de una irrupción de surrealismo de masas – que, según él, podría combinarse con un levantamiento del lumpenproletariat racial en Estados Unidos y una revuelta más extendida en el Tercer Mundo.

No estoy intentando relacionar toda esta actividad subversiva directamente con la Escuela de Frankfurt. Pero la “Gran Negación” de los últimos sesenta y principios de los setenta apuntaba claramente a la industria militar, a la cuartelización y disciplina de trabajo que producían, a las manifestaciones de la industria cultural que escondían estas realidades, y, quizás por encima de todo, a la condición existencial y psicológica de “la personalidad autoritaria”. El sociólogo de derechas Samuel Huntington reconocía esto cuando describió las revueltas de los años 60 como “un desafío general los sistemas actuales de autoridad, públicos o privados.”¹⁴ Pero esto no hacía más que repetir lo que era obvio. En los Estados Unidos de los años 70, el eslogan contracultural omnipresente era “Question Authority (“Cuestiona la Autoridad”).

Lo que he intentado evocar aquí es la base intelectual de un eficaz movimiento anti-sistema, enfrentado al productivismo capitalista, tanto en sus efectos en la cultura como en sus efectos sobre el sujeto. Todo esto se resume en un famoso graffiti francés, *On ne peut pas tomber amoureux d'une courbe de croissance* (“No te puedes enamorar de una curva de crecimiento”). Precisamente en su erotismo, las pintadas en los muros de Mayo del 68 sugieren lo que todavía no he mencionado, que es el contenido positivo de la crítica anti-sistema: un deseo por la igualdad y la unidad social, por la supresión de la división de clases. La autonomía y la democracia directa fueron las principales exigencias de los estudiantes radicales en 1968, y en gran medida la parte más peligrosa de su ideología de izquierdas.¹⁵ Tal y como escribía Jürgen Habermas en 1973: “La verdadera participación de los ciudadanos en los procesos de formación de la decisión política, o sea, la democracia sustantiva, traería a la consciencia la contradicción entre la producción organizada administrativamente y la continua apropiación y uso privado de la plusvalía.”¹⁶ En otras palabras, la creciente participación democrática les mostraría rápidamente a la gente cuáles son sus verdaderos intereses. Otra vez, Huntington parecía estar de acuerdo, cuando a su vez describía la “crisis” de las sociedades avanzadas como “un exceso de democracia.”¹⁷

Uno podría recordar que el infame informe de la Comisión Trilateral de 1975 en el que Huntington hizo esa observación trataba específicamente el tema de la creciente “ingobernabilidad” de las sociedades desarrolladas después de los movimientos sociales de los 60. Uno también podría acordarse de que fue este espectro de ingobernabilidad precisamente el objetivo contra el que Margaret Thatcher, en Inglaterra, supo dirigir su “revolución conservadora”.¹⁸ En otras palabras, lo que Huntington llamó “la irritación democrática” de los 60 fue la base sobre la que se erigió la presente hegemonía neoliberal. Por tanto, la pregunta que me gustaría hacer es la siguiente: ¿cómo pudieron las sociedades postindustriales absorber el “exceso de democracia” desencadenado por las revueltas antiautoritarias? O, para formularlo de otra manera, ¿cómo acabaron sirviendo los años 60 para hacer tolerables los años 90?

- Divide y Recupera –

“Carecemos de una eficaz historia de la asimilación, una que comprenda el pensamiento corporativo como algo más que una tira cómica”, escribe el historiador y crítico cultural norteamericano Thomas Frank.¹⁹ En una historia de la publicidad y la industria de la moda llamada *The Conquest of Cool*, él intenta recuperar las estrategias específicas que hicieron los sesenta “hip”, y los noventa “hegemónicos”, transformando las industrias culturales basadas en la indoctrinación del conformismo en industrias más potentes todavía, basadas en una plétórica oferta de “autenticidad, individualismo, diferencia, y rebelión”. Con una hueste de ejemplos, el autor enseña cómo los deseos de los outsiders de clase media de los 60 fueron rápidamente convertidos en imágenes y productos-mercancía. Evitando presentar una simple teoría de la manipulación, Frank concluye que los publicistas y diseñadores de moda involucrados tenían un interés existencial en la transformación del sistema. El resultado fue un cambio en “la ideología por el que el negocio explicaba su dominación de la vida de la nación” – un cambio que él relaciona, aunque sólo de pasada, con el concepto de David Harvey de “acumulación flexible”.²⁰ Más allá de la crónica de una asimilación estilística, lo que queda todavía por explicar son las interrelaciones entre las motivaciones individuales, las justificaciones ideológicas, y las complejas funciones sociales y técnicas de un nuevo sistema económico. Un punto de partida podría ser encontrado en las sugerentes observaciones de los analistas financieros Piore y Sabel, en un libro titulado *The Second Industrial Divide* (1984). Aquí los autores hablan de una “crisis de regulación” que está “marcada por la realización de que las instituciones actuales ya no garantizan una correspondencia eficaz entre la producción y el consumo de mercancías.”²¹ Localizan dos crisis de este tipo en la historia de las sociedades industriales, que ya hemos tratado aquí a través de los ojos de la Escuela de Frankfurt: “el advenimiento de las grandes corporaciones, a finales del Siglo XIX, y del Estado del Bienestar Keynesiano, en los años 30.”²² Nuestro tiempo se ve como otra crisis similar: la prolongada recesión de los 70 que culminó con la crisis del petróleo de 1973, acompañada por un endémico malestar laboral a lo largo de toda la década. Esta crisis provocó el colapso institucional del régimen Fordista de producción masiva y del Estado del Bienestar, y por tanto allanó el camino para la División Industrial, que los autores sitúan a principios de los 80:

“Los breves momentos en los que el propio transcurso del desarrollo industrial se encuentra en tela de juicio son lo que llamamos divisiones industriales. En momentos así, conflictos sociales de toda clase de tipos no-relacionados entre sí determinan la dirección del desarrollo tecnológico para las décadas siguientes. Aunque los industriales, trabajadores, políticos e intelectuales apenas sean conscientes de que se están enfrentando a decisiones tecnológicas, las acciones que emprenden determinan las instituciones económicas para décadas enteras. Las divisiones industriales son, por tanto, la base y el encuadre de las crisis de regulación subsiguientes.”²³

Basándose en observaciones sobre Italia del Norte, los autores describen la aparición de un nuevo régimen de producción llamado “la especialización flexible”, que caracterizan como “una estrategia de innovación permanente: adaptación a un cambio incesante, más que un intento por controlarlo.” Al abandonar la planificación central de los años de la Posguerra, esta nueva estrategia funciona a través del agenciamiento de pequeñas e independientes unidades de producción, que contratan equipos de trabajo con cajas de herramientas multi-uso, y que dependen de formas de cooperación relativamente espontáneas con otros equipos similares para satisfacer la cambiante demanda del mercado a bajo coste y a plazos cortos. Esta especie de compañías parecían retrotraerse a los artesanos de principios del Siglo XIX, antes de la primera división industrial que llevó a la introducción de maquinaria pesada y el sistema de producción masiva. Desde luego, en 1984 Piore y Sabel no podían haber previsto la importancia que iba a adquirir un único conjunto de productos, muy alejado de todo lo relacionado con el Siglo XIX: el ordenador personal y los dispositivos de telecomunicaciones. Aun así, la relación que establecen entre la crisis de regulación institucional y una división industrial pueden ayudarnos a entender el papel clave que el conflicto social – y la crítica cultural que ayuda a enfocarlo – ha jugado en la formación de formas organizativas y la misma tecnología del mundo en el que vivimos.

¿Cuáles son entonces los conflictos que hicieron de la informática y las telecomunicaciones los principales productos de la nueva ola de crecimiento económico que empezó después de la recesión de los 70? ¿Cómo afectaron estos conflictos los regímenes de trabajo, administración y consumo? ¿Qué grupos sociales estaban integrados en la nueva hegemonía del capitalismo flexible, y cómo? ¿Qué otros fueron rechazados y violentamente excluidos, y cómo se encubrió esta violencia? Hasta ahora, el más completo conjunto de respuestas a estas preguntas ha venido de la mano de Luc Boltanski y Eve Chiapello, en *Le Nouvel Esprit du Capitalisme*, publicado en 1999.²⁴ Su tesis es que cada época, o “espíritu” del Capitalismo debe justificar su compulsión irracional a acumular con una integración o al menos una “recuperación” parcial de la crítica de la época anterior, para hacer que el sistema pueda llegar a ser otra vez tolerable – por lo menos para sus propios empresarios. Ellos identifican dos desafíos principales al capitalismo: la crítica a la explotación, o lo que ellos llaman “la crítica social”, tradicionalmente desarrollada por los movimientos proletarios, y la crítica a la alienación, o lo que ellos llaman “la crítica artística”. Esta última, dicen, era tradicionalmente de orden menor, un asunto literario; pero se hizo mucho más importante con la educación cultural de masas llevada a cabo por las universidades públicas. Boltanski y Chiapello siguen la pista de los principales grupos sociales en Francia después de las revueltas de 1968, cuando la critique sociale se unió a la critique artiste. Señalan cómo a la fracción más organizada de

las fuerzas productivas le fueron adjudicadas unas ganancias económicas sin precedentes, incluso cuando la futura producción estaba siendo reorganizada y relocalizada para tener lugar fuera del control de los sindicatos. Pero también demuestran cómo la joven y aspirante clase empresarial, ya fuera en las universidades, ya en los eslabones más bajos de las empresas, se convirtió en el principal vector de la crítica artística al autoritarismo y a la burocracia impersonal. El punto fuerte del libro de Boltanski y Chiapello es su demostración de cómo la figura organizativa de la red apareció para proporcionar una respuesta mágica a la crítica cultural anti-sistema de los 50 y los 60 – mágica, al menos, para la clase empresarial.

¿Cuáles son los atractivos sociales y estéticos de la organización y producción en red? En primer lugar, aligera la presión de una jerarquía rígida y autoritaria, al eliminar la compleja estructura de administración intermedia de las empresas Fordistas, al establecer conexiones dinámicas y cara-a-cara entre los miembros de la red. En segundo lugar, la comunicación espontánea, la creatividad y la fluidez relacional se pueden estimular dentro de una red como factores de productividad y motivación, superando así la alienación de procedimientos impersonales y racionalizadas. En tercer lugar, la movilidad extendida puede ser tolerada y hasta exigida, hasta el extremo de que las herramientas se miniaturizan o pasan a ser puramente mentales, permitiendo que el trabajo se transmita a través de los canales de telecomunicaciones. En cuarto lugar, la estandarización de productos que fue la marca visible de la alienación individual bajo el régimen de la de producción en masa se puede atenuar, a través de la configuración de redes de producción de pequeña escala o incluso de micro-producción, para proporcionar series limitadas de objetos o servicios personalizados.²⁵ En quinto lugar, el deseo se puede estimular y se pueden crear nuevos, rápidamente obsoletos productos al trabajar directamente en el ámbito cultural tal y como lo codifica, en particular, el multimedia, consiguiendo así al mismo tiempo responder a la demanda de significado por parte de los empleados y los consumidores, y resolver parte del problema de la decreciente demanda por la clase de productos de consumo duraderos que proporcionaban las factorías Fordistas.

Para resumir todas estas ventajas, se puede decir que la organización en red le devuelve al empleado – o mejor, al “prosumidor” – la propiedad sobre sí mismo o sí misma que la empresa tradicional había intentado comprar como la mercancía de la mano de obra. La estricta división entre producción y consumo tiende a desaparecer, y la alienación parece haber sido superada, en la medida en que los individuos aspiran a mezclar su trabajo con su ocio.²⁶ Incluso la propia empresa empieza a considerar el trabajo en términos cualitativos, como una esfera de actividad creativa, de autorrealización. El “hombre de las conexiones” – o, como yo lo llamaría, “el hombre en red” – es liberado de la vigilancia directa y la alienación paralizante para convertirse en encargado o encargada de su propia actividad auto-gratificante, con tal de que esta actividad se traduzca en un momento dado en un intercambio económico valioso, la condición sine qua non para permanecer dentro de la red.

Obviamente, los jóvenes publicistas y diseñadores de moda descritos por Thomas Frank podrían atisbar un interés en esta relajación de las jerarquías. Pero la gratificante posesión de sí y la autonomía del trabajador en red también tiene una ventaja ideológica: al responder a las exigencias de Mayo del 68, se convierte en el principal argumento legitimador de la continua destrucción por parte de la clase capitalista, de las estructuras pesadas, burocráticas, alienantes, y poco productivas del Estado del Bienestar que también representaba gran parte de las victorias históricas que los proletarios habían conseguido a través de la crítica social. Al asimilar la crítica estética a la alienación, la empresa en red es capaz de legitimar la progresiva exclusión del movimiento proletario y la destrucción de los programas de bienestar social. Así, la crítica artística se convierte en la excusa perfecta de la nueva hegemonía inventada a principios de los 80 por Reagan y Thatcher, y perfeccionada en los 90 por Clinton y el inimitable Tony Blair.

Para recuperar el terreno perdido en los 60 y los 70, el capitalismo tuvo que hacerse doblemente flexible, a imponer contratos laborales precarios y centros de producción “deslocalizados” para escapar de la regulación del Estado del Bienestar, y a utilizar este aparato de producción fragmentado para crear las seducciones para el consumidor y las estimulantes carreras necesarias para recuperar la lealtad de los potencialmente revolucionarios empresarios y trabajadores intelectuales. Este doble movimiento es lo que da lugar al sistema concebido por David Harvey como un sistema de “acumulación flexible” – una noción que no sólo describe la estructura y disciplina de los nuevos procesos de trabajo, sino también las formas y vidas útiles de los rápidamente obsoletos productos de diseño personalizado que están siendo creados, además de los nuevos, más volátiles modos de consumo promovidos por este sistema.²⁷ Por el bien de la crítica cultural contemporánea deberíamos reconocer, como piedra angular de esta transformación, el papel del ordenador personal ensamblado junto con sus accesorios de telecomunicaciones, en centros de trabajo de alta tecnología por todo el mundo. El elemento principal de lo que ha venido a llamarse la “economía de la información”, el ordenador y sus dispositivos complementarios es una herramienta industrial y a la vez cultural, una materialización de un compromiso que temporalmente resolvió las luchas sociales desencadenadas por la crítica artística. El ordenador portátil sirve como instrumento móvil de control sobre el trabajador precario y el fragmentado proceso de producción, a la vez que libera el empresario nómada para formas de movilidad a la vez físicas y fantasmáticas; el portátil consigue miniaturizar el acceso al resto de funciones burocráticas, mientras abre un canal privado en el ámbito del capital virtual o “ficticio”, los mercados financieros donde la plusvalía se produce como por arte de magia, a pesar de la creciente acumulación de indicios físicos de crisis y decadencia. Técnicamente una calculadora, el ordenador personal ha sido convertido por su uso social en una máquina visual y lingüística: la herramienta

productiva, vector de comunicación, y receptor indispensable de los bienes inmateriales y servicios semióticos que ahora forman el sector principal de la economía.²⁸

La dispersión geográfica y la coordinación global de la manufactura, la producción a plazos cortos y la distribución uniformizada, una aceleración general de los ciclos de consumo, la escapada del capital sobreacumulado en una esfera de finanzas a la velocidad de la luz, cuyos movimientos son a la vez reflejados y estimulados por la igualmente rápida evolución de los medios de comunicación globales: éstas son algunas de las principales características del régimen de producción flexible tal y como se ha desarrollado desde finales de los 70. David Harvey, como la mayoría de los teóricos Marxistas, ve esta redistribución transnacional del capital como una reacción a las luchas sociales, que invariablemente tendían a limitar los niveles de explotación de recursos y trabajo posibles dentro del territorio de regulación nacional. Un razonamiento similar es el que emplean, en el extremo opuesto del espectro político, los analistas financieros Piore y Sabel cuando afirman que “los conflictos sociales sin ninguna relación obvia son los que determinan el curso del desarrollo tecnológico” en el momento de la división industrial. Pero, en mi opinión, es la división analítica de Boltanski y Chiapello de los movimientos de resistencia de los sesenta en dos tendencias de crítica artística y social la que finalmente nos permite comprender las precisas formas estéticas y comunicativas generadas por la recuperación del capitalismo del torbellino democrático de los 60, y su forma de asimilarlo.

- Bajo un Nuevo Dominio -

Si estoy insistiendo en la forma social que han adoptado los ordenadores y las telecomunicaciones durante la redistribución del capital después de la recesión de los 70, es por el papel central que estas tecnologías, y sus diversos usos, han jugado en la emergencia de lo que Manuel Castells concibe como la economía de la información global. Describiendo el más avanzado estado de esta economía, Castells escribe que “los productos de las nuevas industrias de la información son dispositivos de procesamiento de información o el procesamiento de información en sí mismo.”²⁹ Así explica cómo las expresiones culturales, recodificadas y procesadas como multimedia, pueden entrar en el bucle valorizador de las comunicaciones digitalizadas. Ciertamente, él cree que éstas deben entrar en este bucle.: “Todos los demás mensajes son reducidos a la imaginación individual o a sub-culturas basadas en el encuentro cara-a-cara en creciente marginación.”³⁰ Pero Castells tiende a ver las condiciones de entrada como fundamentalmente técnicas, sin desarrollar la noción de que la propia tecnología puede ser transformada por los patrones de las relaciones sociales, políticas y culturales. Concibe la agencia subjetiva y colectiva en términos de una aceptación o rechazo primarios de la red, seguidas por senderos más o menos viables dentro o fuera del sistema dominante. La red en sí no es una forma, sino un destino. Cualquier cambio sistémico está fuera de toda cuestión.

Un enfoque crítico, en cambio, puede visualizar los ordenadores y las telecomunicaciones como configuraciones específicas y manipulables dentro del marco general de lo que Michel Foucault llama “tecnologías de gobierno”. Foucault define las tecnologías de gobierno (o de gobernabilidad en general) como “el conjunto total de prácticas empleadas en constituir, definir, organizar e instrumentalizar las estrategias que los individuos, en su libertad, puedan emplear unos con otros.”³¹ Lo que está en juego aquí es la definición del nivel de restricción, más allá de lo que Foucault define como libertad – el campo abierto de relaciones de poder entre individuos, en el que cada uno intenta “conducir la conducta de los demás”, a través de estrategias que son siempre reversibles – pero sin llegar al nivel de dominación, donde las relaciones de poder quedan totalmente inmovilizadas, por ejemplo a través de la restricción física. Las tecnologías de gobierno existen justo por debajo del nivel de dominación: son formas más sutiles de canalización colectiva, apropiadas para el gobierno de sociedades democráticas donde los individuos disfrutan de libertades sustanciales y tienden a rechazar cualquier imposición de poder obvia.

Está claro que la crisis de “ingobernabilidad” denunciada por Huntington, Thatcher y otros neo-conservadores de mediados de los 70 sólo podía haber encontrado su “resolución” en nuevas tecnologías de gobierno, determinando nuevas pautas para las relaciones sociales; y hay cierta urgencia en ver exactamente cómo funcionan estas tecnologías relacionales. Para empezar – literalmente – con el hardware, podríamos tomar en consideración el extraordinario incremento en prácticas de vigilancia desde la introducción de la telemática. Se han hecho algo normal en cualquier lugar de delimitación – fronteras, cajeros automáticos, torniquetes de entrada al metro, despachos de hospitales, solicitudes de crédito, páginas web comerciales – el pasar por una comprobación de los identificadores personales del individuo (o incluso partes del cuerpo: huellas dactilares, patrones de retina, ADN) contra registros en una base de datos remota, para determinar si su paso será permitido o no. Esto aparece como un control directo, y a veces hasta autoritario. Pero tal y como observa David Lyon, “cada expansión de la vigilancia tiene lugar bajo un razonamiento que, de una manera u otra, va a ser aceptado por aquellos cuyos datos o información personal están en manos del sistema.”³² Los razonamientos más persuasivos son el incremento de la seguridad (de robo o asalto), y la gestión de riesgo por parte de varios tipos de aseguradoras, que exigen datos personales contratar sus servicios. Estos y otros argumentos llevan a la internalización de los imperativos de vigilancia, según los cuales la gente otorga sus datos a observadores remotos por su propia voluntad. Pero este ejemplo de la obediencia voluntaria a los procedimientos de vigilancia es sólo la punta del iceberg del control. Las más potentes y políticamente inmovilizadoras formas de autocontrol emergen en la relación del individuo con el mercado laboral – sobre todo cuando el trabajo en cuestión implica el procesamiento de información cultural. El trabajo asalariado en el lugar de trabajo o a distancia, a través de las redes telemáticas, puede ser vigilado por su obediencia a las reglas (cámaras de vigilancia, chequeos telefónicos, contadores de pulsaciones de teclado, pins con radio-transmisores, etc.) La oferta de trabajo autónomo, por otro lado, se puede rechazar si aparece cualquier irregularidad en el producto o en las condiciones de entrega. El autocontrol internalizado se convierte así en una necesidad vital para el trabajador autónomo. Los productores culturales no son ninguna excepción, en la medida en la que están ofreciendo su propia subjetividad a la venta: en todos los niveles de expresión artística, salvando los más altos, la autocensura está a la orden del día, por lo menos en relación al mercado primario. ³³ Pero los efectos más profundos y quizás más perturbadores vienen de la inscripción de ideales culturales, artísticos o éticos, una vez valorados por su permanencia, dentro de los rápidamente cambiantes ciclos de la revalorización y obsolescencia capitalista. De entre los procesadores de datos de la economía cultural – incluyendo la hueste de categorías administrativas de la producción mediática, el diseño y el espectáculo, y extendiéndose a través de varias formas de servicios culturales, terapia, educación, etc. – la despolitización cínica es más común que la autocensura. Tal y como la describe Paolo Virno:

“En la base del cinismo contemporáneo está el hecho de que los hombres y las mujeres aprenden al experimentar

reglas más que “hechos”... A pesar de esto, aprender las reglas también implica reconocer su falta de argumentación y su convencionalismo. Ya no estamos insertos en un único “juego” predefinido en el que participemos con sincera convicción. Ahora nos enfrentamos a varios “juegos” diferentes, cada uno carente de cualquier obviedad o seriedad, sólo el escenario de una inmediata autoafirmación – una autoafirmación que es mucho más brutal y arrogante, mucho más cínica cuanto más empleemos, sin ninguna ilusión pero con inmediata y momentánea adherencia, estas mismas reglas cuya convencionalidad y mutabilidad hemos percibido.”³⁴

En 1979, Jean-Francois Lyotard identificaba los juegos del lenguaje como un escenario emergente para la producción de plusvalía en las sociedades capitalistas que ofrezcan un acceso informatizado al conocimiento, donde lo que importaba no era tanto la investigación primaria como los “movimientos” transformativos dentro de un campo semántico arbitrario.³⁵

Aquí, el cinismo es tanto la causa como el requisito previo para el oportunismo desenfrenado del jugador. Como señala Virno: “El oportunista se enfrenta a un flujo de posibilidades intercambiables, manteniendo abiertas tantas cuanto puede, acercándose a la más cercana y saltando de una a otra impredeciblemente.” Sigue: “El ordenador, por ejemplo, más que un medio para un fin unívoco, es una premisa para sucesivas elaboraciones “oportunistas” del trabajo. El oportunismo se valora como un recurso indispensable siempre y cuando el proceso concreto de trabajo es superado por una difusa “acción comunicativa”... El habla computacional exige “personas con visión de oportunidad”, listos y a la espera para cualquier oportunidad.”³⁶ Por supuesto, el verdadero oportunista consiente toda ventaja en cualquier juego lingüístico, incluso en los políticos. La política queda colapsada en la flexibilidad y la rápida movilidad de las relaciones de mercado. Y éste es el significado de la irónica referencia que hace Virno sobre la teoría de Habermas sobre la acción comunicativa. En su análisis de la crisis de legitimidad de la democracia, Habermas observaba que el consenso en las sociedades democráticas finalmente se basa en la creencia de cada ciudadano de que en caso de duda se le puede convencer con un argumento detallado: “Sólo si la motivación para actuar ya no operase a través de normas que necesitan una justificación y si los sistemas de personalidad ya no tuviesen que buscar su unidad en sistemas de interpretativos de asegurar la identidad, podría la aceptación de decisiones no-razonadas convertirse en una rutina, esto es, que se pueda producir una disposición hacia la conformidad absoluta en un grado ilimitado.”³⁷ Lo que era ciencia ficción social para Habermas en 1973 se convirtió en realidad para Virno a principios de los 90: sistemas de personalidad sin ninguna aspiración a la verdad subjetiva, sin ninguna necesidad para procesos seguros de interpretación colectiva. Peor todavía, esta realidad fue construida sobre formas distorsionadas del llamamiento de la extrema izquierda italiana por un status autónomo para el trabajo.

La cuestión está clara: describir al trabajador inmaterial, el “prosumidor” o el trabajador en red como una personalidad flexible es describir una nueva forma de alienación, no una alienación de la energía vital y el deseo nómada como la de los 60, sino una alienación de la sociedad política, que, en términos democráticos, es algo no aprovechable económicamente, y no puede ser infinitamente reciclado en la producción de imágenes y emociones. La configuración de la personalidad flexible es una nueva forma de control social, en la que la cultura tiene un papel importante. Es una forma distorsionada de la revuelta artística contra el autoritarismo y la estandarización, un conjunto de prácticas y técnicas para “constituir, definir, organizar e instrumentalizar” las energías revolucionarias que emergieron en las sociedades occidentales en los 60, y que durante algún tiempo parecían capaces de transformar las relaciones sociales.

Esta noción de la personalidad flexible, esto es, de la subjetividad tal y como queda moldeada y canalizada por el capitalismo contemporáneo, puede afinarse y profundizarse mirando más allá de las fronteras de Francia y más allá de la clase empresarial, hacia el destino de otro grupo de actores sociales proto-revolucionarios, el lumpenproletariat racial en Estado Unidos, de donde emergieron los movimientos Negros, Chicanos y Nativos-Americanos de los 60, seguidos por una hueste de grupos étnicos. Aquí la dialéctica de la integración y la exclusión se hace más evidente y más cruel. Por un lado, las formaciones de identidad son estimuladas como recursos estilísticos para la producción cultural de mercancías. Las culturas y sub-culturas regionales son muestreadas, recodificadas en forma de producto, y devueltas a sí mismas a través del inconmensurablemente mayor y más rentable mercado mundial.³⁸ Las diferencias de recepción locales son esgrimidas como prueba de la naturaleza abierta y universal de los productos globales. Las jerarquías corporativas y gubernamentales a su vez están siendo abiertas a gran número de sujetos de otras razas, con la única condición de que estén dispuestos a jugar al juego empresarial. Éste es un requisito esencial para la legitimación del gobierno transnacional. Pero ahí donde una formación de identidad se convierta en problemática y parezca inclinada a amenazar el equilibrio urbano, regional o geopolítico – estoy pensando sobre todo en el mundo árabe, pero también en los Balcanes – entonces eso que Boris Buden llama “el toque cultural” empieza a operar de manera muy distinta y convierte la identidad étnica no en oro comercial, sino en un significativo de un autoritarismo regresivo y “tribal”, que puede ser legítimamente reprimido. Aquí Imperio contiene una lección valiosa: que no es tanto el evitar, sino el estimular y manipular los conflictos locales lo que representa la piedra angular del gobierno transnacional.³⁹ De hecho, los Estados Unidos ya son gobernados de esta manera, en un estado permanente de guerra civil de baja intensidad. Los conflictos étnicos locales que consuman armas y sean fáciles de administrar son el engranaje perfecto para la maquinaria del imperio capitalista. Y la realidad del terrorismo ofrece una oportunidad perfecta para enfatizar las funciones de vigilancia – con pleno consentimiento por parte

de la ciudadanía.

Por supuesto que con estas últimas observaciones hemos cambiado de criterio, desplazándonos desde lo psicosocial a lo geopolítico. Pero para hacer que el tipo ideal funcione correctamente, uno no debe olvidar nunca los marcos políticos y económicos cristalizados dentro de los cuales evoluciona la personalidad flexible. Piore y Sabel señalan que lo que ellos llaman “especialización flexible” fue sólo una parte de la respuesta que emergió de la crisis de regulación y la recesión de los años 70. La otra estrategia es global. Es una estrategia que “apunta hacia la extensión del modelo de producción en masa, y lo hace al conectar la infraestructura de producción y los mercados de los países avanzados con los países de mayor crecimiento del Tercer Mundo. Esta respuesta implica el uso de la corporación (ahora una entidad multinacional) para estabilizar los mercados en un mundo en el que las formas de cooperación internacional ya no pueden cumplir con esta tarea.”⁴⁰ En efecto, la corporación transnacional, pilotada por los mercados financieros, y respaldada por el poder militar y la arquitectura legal de los estados del grupo G-7, ha asumido el gobierno económico del mundo de las manos de la antigua estructura colonial. El “complejo industrial militar”, acusado como la fuente del poder en los tiempos de la personalidad autoritaria, ha sido sustituido por lo que ha venido en llamarse el “complejo de Wall Street y la Tesorería” – “una élite de poder a la C.Wright Mills, una red definitiva de luminarias colaboradoras dentro de las instituciones - siendo las más prominentes Wall Street, el Departamento de la Tesorería, el Departamento de Estado, el FMI, y el Banco Mundial.”⁴¹ ¿Qué tipo de régimen laboral produce este esfuerzo en red en la élite del poder? El 13 de junio de 2001, uno podía leer en el periódico que una caída en la venta de ordenadores había provocado una reducción del 10% de la plantilla de Compaq en todo el mundo, y 5% de la de Hewlett-Packard – 7000 y 4700 puestos de trabajo, respectivamente. En esta situación, la altamente móvil corporación Dell se apresuraba a ganar una ventaja competitiva de su mano de obra versátil: “Los robots sencillamente no son lo suficientemente flexibles, mientras que cada ordenador es único.”, explicaba el presidente de Dell Europe.⁴² Con su proceso de producción a corto plazo, Dell puede pasar la caída de precios de componentes a los consumidores, ya que no tiene productos antiguos abandonados en los almacenes; al mismo tiempo, no está bajo ninguna obligación de pagar a su mano de obra 8 horas de trabajo diario cuando no hay demanda. De esta forma, ya le ha arrebatado a Compaq el primer puesto y tiene más apetito. “Será como Bosnia,” se enorgullecía un alto directivo, “Copar estas cuotas de mercado es la oportunidad de nuestras vidas.” Esta case de placer cruel, contra un fondo de explotación y exclusión, se ha hecho algo cotidiano – un ejemplo del oportunismo y el cinismo que la personalidad flexible tolera.⁴³ ¿Pero fue esto lo que realmente esperábamos de la crítica del autoritarismo de los 60?

- Conclusiones –

La personalidad flexible representa la forma contemporánea de gobernabilidad, un patrón interiorizado y aculturado de coacción “suave” que a pesar de todo se puede relacionar directamente con los datos materiales de las condiciones laborales, las prácticas burocráticas y policiales, los regímenes de fronteras y las intervenciones militares. El estudio de estos patrones de asimilación, que contribuyen a la deliberadamente exagerada figura del tipo ideal, es una manera que tiene el conocimiento académico a contribuir a la creciente ola de disenso democrático; en particular, el tratamiento de la producción “inmaterial” o “estética” tiene mucho que ganar de esta renovación de una crítica radicalmente negativa. Los que admiran la Escuela de Frankfurt, o, más cerca de casa, el trabajo de Michel Foucault, lo tendrán difícil para rechazar el desafío de poner al día sus análisis, ahora que un nuevo sistema y un nuevo estilo de dominación han adquirido unos contornos cada vez más claros.

Y, aun así, es incierto que la simple descripción de un sistema de dominación, por muy precisa y científicamente cierta que sea, pueda ser suficiente para disiparlo. Y el modelo de “gobernabilidad”, con todos sus medios tonos, se presta fácilmente a la introspección infinita, que sería mejor evitar. La corta vida de la teoría crítica, hoy en día, tiene que ver con la posibilidad de negar una ideología bien articulada y eficaz, que ha integrado y neutralizado un cierto número de propuestas alternativas. Pero, al mismo tiempo, es importante evitar la trampa en la que la Escuela de Frankfurt, en particular, parece haber caído: el callejón sin salida de una crítica tan totalizadora que no deja margen para maniobrar, aparte de una estética excesivamente sofisticada, contemplativa, y finalmente elitista. La crítica hoy en día debe permanecer una práctica pública, involucrada en la acción comunicativa y, ciertamente, el activismo comunicativo: la recreación de una cultura de oposición, en formas específicamente diseñadas para resistir los inevitables intentos de asimilación. 44 La figura de la personalidad flexible puede ser públicamente ridiculizada, satirizada, las instituciones que la sostienen pueden ser atacadas en la arena política, sus rasgos pueden ser expuestos en producciones culturales y artísticas, su descripción y la búsqueda de alternativas a su hegemonía pueden ser concebidas no como otra industria académica – y otro posible lugar para la producción inmaterial - sino como una oportunidad de contribuir a la creación de nuevas formas de solidaridad intelectual, un nuevo proyecto colectivo para una sociedad mejor. Cuando es llevada a cabo dentro de una perspectiva de transformación social, el ejercicio de la crítica negativa en sí puede tener una gran fuerza subjetivadora, puede convertirse en una forma de moldearse a uno mismo a través de las exigencias de un esfuerzo compartido.

La personalidad flexible no es un destino. Y a pesar de las ideologías de la resignación, a pesar de las densas realidades de la estructura gubernamental en nuestras “sociedades del control”, nada puede prevenir las formas sofisticadas de conocimiento cultural, elaboradas en la peculiar temporalidad de la Universidad, de conectar directamente con las nuevas e igualmente complejas y sofisticadas formas de disenso que están apareciendo en las calles. Este tipo de trasvase es exactamente lo que hemos visto en el amplio abanico de movimientos de oposición a la agenda de la globalización neoliberal. Los resultados iniciales están ante nuestros ojos. La infraestructura comunicativa, principalmente exteriorizada en ordenadores personales, y un considerable “capital intelectual” desplazado de las escuelas y universidades públicas a los cuerpos y mentes de los trabajadores inmateriales, pueden ser reapropiados por todos aquellos que tengan la voluntad de usar lo que ya es nuestro, y de asumir los riesgos de la autonomía política y el disenso democrático. La historia de los movimientos democráticos radicales puede ser explorada y profundizada, mientras los objetivos y los procesos del presente movimiento se explicitan y entran en debate abierto. Es un proyecto ambicioso. Pero la alternativa, si así lo preferís, es seguir jugando el juego de otro – tirando los dados trucados, una y otra vez.

Traducción: Kamen Nedev

-Notas-

1. El World Social Forum, celebrado por primera vez en Porto Alegre en enero de 2001, simboliza bien este alejamiento de la economía neoclásica, o basada en la oferta. Otro símbolo potente puede encontrarse en las acusaciones que el economista Joseph Stiglitz dirigió a sus ex jefes, el Banco Mundial, y, de manera más importante todavía, al Fondo Monetario Internacional, el principal órgano transnacional de la doctrina neoclásica.
2. Para una breve historia de los estudios culturales como un movimiento por la educación popular, y un tratamiento más teórico de temas similares, ver Raymond Williams, “The Future of Cultural Studies”, y “The Uses of Cultural Theory”, ambos en *The Politics of Modernism* (Londres, Verso, 1989).
3. Ver Stuart Hall y Tony Jefferson, et al., *Resistance through Rituals* (Londres, Routledge, 1992), sobre todo la “revisión teórica” del trabajo, pp.9-74.

4. Esta inversión se hace obvia en L. Grossberg et al., eds. *Cultural Studies* (New York, Routledge, 1992), una antología que marca el inicio de la exportación de los estudios culturales a Estados Unidos.
5. El dispositivo metodológico del tipo ideal fue desarrollado por Max Weber, sobre todo en *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*; como podremos ver, Weber fue recogido como figura problemática por la Escuela de Frankfurt en los años cincuenta.
6. Martin Jay, *The Dialectical Imagination* (Berkeley, University of California Press, 1996, primera edición 1976), pág. 116.
7. Herbert Marcuse, "Some Social Implications of Modern Technology", en A. Arato y E. Gebhardt, eds., *The Essential Frankfurt School Reader* (New York, Continuum, 1988), pp. 143, 158.
8. El término "Capitalismo de Estado" es más conocido como una definición del comunismo falso o fracasado de la Unión Soviética de Stalin, como por ejemplo en Tony Cliff, *State Capitalism in Russia* (London, Pluto Press, 1974); aun así, el concepto, tal y como lo desarrolló la Escuela de Frankfurt es aplicable, con algunas variaciones, a todas las economías de planificación central que emergieron después de la Gran Depresión.
9. Friedrich Pollock, "State Capitalism: Its Possibilities and Limitations" (1941), *Op.cit.*, pág.78.
10. Otto Kirchheimer, "Changes in the Structure of Political Compromise", en *The Essential Frankfurt School Reader*, *Op.cit.*, pág.70.
11. T.W. Adorno et al., *The Authoritarian Personality* (New York, Harper, 1950).
12. T.W. Adorno, "Commitment" (1962) en *The Essential Frankfurt School Reader*, *Op.cit.*, pág. 303.
13. *Op.cit.*, pág. 304.
14. M. Crozier, S. Huntington, J. Watanabi, *The Crisis of Democracy* (Trilateral Commission, 1975), pág. 74.
15. En palabras de los enragés de París: "¿Cuál es la característica esencial del poder de los consejos? Disolución de todo poder externo – Democracia total y directa – Unificación práctica de la decisión y la ejecución – Delegados que pueden ser revocados en todo momento por los que los han elegido – Abolición de la jerarquía y las especializaciones independientes – Organización consciente y transformación de todas las condiciones de vida liberada – Participación masiva creativa y permanente – Alcance y coordinación internacionalista. Las presentes exigencias no son nada menos que éstas. La autonomía no es nada menos que esto." De un comunicado del 30 de mayo de 1968, firmado COMITÉ INTERNACIONAL ENRAGÉ-SITUACIONISTA, CONSEJO DE MANTENIMIENTO DE LAS OCUPACIONES, disponible en la red gracias a Ken Knabb.
16. Junger Habermas, *Legitimation Crisis* (Boston, Beacon Press, 1975, 1ª edición alemana en 1973), pág. 36.
17. *The Crisis of Democracy*, *Op.cit.*, pág.113.
18. Los orígenes de la "revolución conservadora" han sido descritos por Keith Dixon en un libro excelente, *Les evangelistes du marché* (París, Raisons d'agir, 1997).
19. Thomas Frank, *The Conquest of Cool* (Chicago, The University of Chicago Press, 1997), pág. 8.
20. Thomas Frank, *Op.cit.*, pág. 229; las referencias a Harvey están en las páginas 25 y 233.
21. Michael J. Piore y Charles F. Sabel, *The Second Industrial Divide* (New York, Basic Books, 1984); resúmenes en R. Koolhaas, S. Boeri, S. Kwinter, et al., *Mutations*, catálogo de exposición, Arc en Rêve Centre d'Architecture, Bordeaux, 2000, pp. 643-644.
22. *Ibid.*
23. *Ibid.*
24. Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le Nouvel Esprit du Capitalisme* (París, Gallimard, 1999). Como sugiere el título, los autores se basan en la metodología Weberiana para proponer un nuevo tipo ideal de empresario capitalista, el "hombre con conexiones". Al contrario de la Escuela de Frankfurt, y al contrario de mí, no relacionan este tipo ideal de manera sistemática con un orden sociopolítico y un modo de producción.
25. Andrea Branzi, uno de los diseñadores del Norte de Italia que dirigieron y teorizaron esta transición, distingue entre la "Metrópolis Homogénea" del diseño industrial producido en masa, y lo que él llama la "Metrópolis

Híbrida, nacida de la crisis de la modernidad clásica y del racionalismo, que descubre nichos en el mercado, la robotización de la línea de producción, las series diversificadas, y las minorías étnicas y culturales.” “The Poetics of Balance: Interview with Andrea Branzi, en F. Buckhardt y C. Morozzi, Andrea Branzi (París, Editions Dis-Voir, sin fecha), pág. 45.

26. En *L'individu incertain* (París, Hachette, 1999, 1ª edición en 1995), el sociólogo Alain Ehrenberg describe el régimen de consumo de la Posguerra como “caracterizado por un espectador pasivo fascinado por la pantalla (televisiva), con una crítica dominante marcada por el modelo de la alienación”; luego enlaza las connotaciones positivas de la terminal del ordenador en nuestro tiempo con “un modelo de comunicación que promociona los intercambios entre individuos siguiendo el modelo de los temas de actividad y relación, con la autorrealización como principal estereotipo del consumo” (pág.240). Nótese la desaparición de la crítica en el segundo modelo.

27. David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, (Oxford, Blackwell 1990), pp. 141-148.

28. En el texto “Trabajo Inmaterial”, Maurizio Lazzarato propone la noción de producción estética: “Sería más útil, al intentar aprehender el proceso de formación de la comunicación social y su subyugación bajo lo “económico”, usar, en lugar del modelo de producción “material”, el modelo “estético”, que implica el autor, la reproducción, y la recepción... El “autor” debe perder su dimensión individual y transformarse en un proceso de producción organizado industrialmente (con su trabajo especializado, sus inversiones, organización, etc.), la “reproducción” pasa a ser masiva según los imperativos del beneficio, y el público (la “recepción”) tiende a convertirse en consumidor/comunicador.” Hoy en día, el ordenador es la herramienta clave que permite la organización industrial de la producción estética. En *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*, Paolo Virno y Michael Hardt, eds. (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996), pág.144.

29. Manuel Castells *The Rise of the Network Society* (London, Blackwell, 1996), pág. 67.

30. Manuel Castells, *Op.cit.*, pág. 374.

31. Michel Foucault “L'ethique du souci de soi comme pratique de la liberté”, entrevista con H.Becker, R.Forner-Betancourt, A. Gómez-Mueller, en *Dits et Écrits* (París, Gallimard, 1994), Vol. IV, p.728; ver también el excelente artículo de Maurizio Lazzarato “Du Biopouvoir a la Biopolitique”, en *Multitudes* 1, pp.45-57.

32. David Lyon, *Surveillance Society* (Buckingham, Open University Press, 2001), pág. 4.

33. Para un análisis de las formas de operar de la (auto)censura en la producción cultural contemporánea, ver A. Corsani, M. Lazzarato, N.Negri, *Le Basin du Travail Inmatériel (BTI) dans le metropole parisien* (París, L'Harmattan, 1996), pp.71-78.

34. Paolo Virno, “The Ambivalence of Disenchantment”, en *Radical Thought in Italy*, *Op. cit.*, pp.17-18.

35. Lyotard, *La condition postmoderne: Rapport sur le savoir* (París, Minuit, 1979), ver sobre todo pp.13-14 y 31-33.

36. Paolo Virno, “The Ambivalence of Disenchantment”, *Op.cit.*, pág. 17. Compárese la discusión de Sennet de un informe gubernamental Estadounidense de 1991 sobre las aptitudes necesarias en una economía flexible: “en las formas flexibles de trabajo, los jugadores establecen las reglas sobre la marcha... el rendimiento anterior no vale como indicativo para las ganancias presentes; en cada “juego” de oficina se empieza siempre en la casilla de salida.” Richard Sennet, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (New York, Norton, 1998), p.110.

37. Juergen Habermas, *Legitimation Crisis*, *Op.cit.*, pág 44.

38. ¿Podría ser que la investigación en el campo de los estudios culturales, como el clásico de Dick Hebdige *Subculture, the Meaning of Style*, esté ahora directamente instrumentalizada por los especialistas en marketing? Esto es lo que sugiere el libro *Commodify Your Dissent*, editado por Thomas Frank y Matt Weiland (New York, Norton 1997), pp.73-77, donde Frank y Dave Mulcahey presentan una ficción de una recomendación de “comprar” para posibles inversores: “Consolidated Deviance, Inc. (Desviación Consolidada), “ConDev” es sin lugar a dudas el líder nacional, sino la única potencia en la fabricación, consultoría, adjudicación de licencias y merchandising de prácticas subculturales desviadas. Con su serie de muy exitosas campañas “SubCultstm de cultura juvenil mercantilizada en masa caracterizadas por su rápida movilidad estilística, y sus altos grados de acceso intermedia, ConDev ha llevado el aura de los marginados al público consumidor.”

39. Véase Michael Hardt y Toni Negri, *Empire* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2000), pp.198-201: “El triple imperativo del Imperio es: incorporar, diferenciar, administrar.”

40. Piore y Sabel, *The Second Industrial Divide*, *Op.cit.*

41. Jagdish Bhagwati, "The Capital Myth", Foreign Affairs Mayo/Junio 1998.
42. "Une crise sans precedent ebranle l'informatique mondiale", en Le Monde, 13 de junio 2001., pág. 18.
43. La razón final para esta tolerancia resulta ser el miedo. En Soufrance en France (París, Seuil, 1998), el psicólogo laboral Christophe Dejours estudia la "banalización del mal" en la administración de empresa contemporánea. Más allá de los caso de sadismo perverso o paranoico, concentrado en las altas esferas, él identifica el imperativo de ostentar coraje y virilidad como la principal justificación moral para hacer "el trabajo sucio" (seleccionar la plantilla por reducir, imponer exigencias de productividad, etc.). "La estrategia colectiva de defensa implica una negación del sufrimiento ocasionado por "los trabajos sucios"... La ideología del racionalismo económico consiste en.. – más allá de a exhibición de virilidad – hacer que el cinismo pueda pasar por fuerza de carácter, por determinación y un sentido elevado de responsabilidad colectiva... En cualquier caso, un sentido de intereses supra-individuales" (pp.109-111.) Por debajo de los mecanismos de defensa, Dejours encuentra tanto el miedo a la responsabilidad personal como el miedo a convertirse a su vez en víctima; ver pp.89-118.
44. De ahí la paradójica, pero aun así esencial negativa a concebir una práctica política oposicional como la constitución de un partido, o, de hecho, de una clase social unificada, para la toma del poder estatal. De entre las mejores formulaciones de esta paradoja está la de Miguel Benassayag y Diego Sztulwark, Du Contre Pouvoir (París, La Decouverte, 2000).

Distribuido vía <nettime>, www.nettime.org. Se prohíbe el uso comercial sin permiso.